









# nunca esta lengua

Virginia Saji

Edición limitada y numerada de 250 ejemplares





## Virginia Saji

Nació el 28 de junio de 1988 en el Valle de Tulancingo, Hidalgo, donde realizó sus primeros estudios hasta la escuela preparatoria; posteriormente se trasladó a la Ciudad de México para ingresar en la carrera de Lenguas y Literaturas Modernas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Continuó allí sus estudios de posgrado con una tesis titulada *Beatrice en la Tierra. La sociabilidad del conocimiento a partir del concepto de Amor en la Vita Nuova y la Divina Commedia de Dante Alighieri*.

Es traductora literaria y audiovisual.

Actualmente se encuentra trabajando en su novela *La forma se va*.

*Nunca esta lengua* es su primera novela.

**Autora:**

Virginia Saji

**Ilustraciones y diseño de portada:**

Fotografía de portada: Alan Macías Pardo

Diseño de portada: Patricia Lodín

**Edición:**

Piezas Azules, editorial independiente.

Han participado en la edición de este libro Ana González Romera y Patricia Lodín.

[piezasazuleseditorial.com](http://piezasazuleseditorial.com)

[piezasazules@gmail.com](mailto:piezasazules@gmail.com)

**Licencia de la edición:**

Creative Commons.

ReconocimientoNoComercialCompartirIgual 4.0 España.

**ISBN: 978-84-125037-1-5**

**Depósito legal: M-30143-2022**

**Piezas Azules** llamábamos en nuestro lenguaje a los proyectos locos que se nos ocurrían. Eran proyectos con los que nunca nos haríamos ricos, con los que posiblemente nos hiciéramos más pobres, pero eran tan bonitos que tenían la vocación de no quedarse para siempre en el terreno de los sueños.



A la memoria de mi padre



*...nunca esta lengua,  
la única que estoy condenado así a hablar,  
en tanto me sea posible hablar, en la vida, en la muerte,  
esta única lengua, ves, nunca será la mía.  
Nunca lo fue, en verdad.*

Derrida



José Pablo tenía la cara cubierta de pecas, todas manchas blandas que parecían habitar dos capas bajo la piel blanquísima, como pequeñas pasas rubias capturadas, petrificadas durante su flotamiento en el cuerpo vulnerable de una gelatina de anís cuajada prematuramente. E imaginaba que así se había configurado su vida. Todas las tardes ritualizaba el momento para ir a mirarse al espejo y podía pasar horas enteras empuinado frente al tocador de madera que se encontraba junto a la cama de sus padres, con las piernitas encogidas en el banco, apoyándose en sus rodillas huesudas. Miraba uno a uno sus gestos, sus ojos, las venas que traslucían por debajo de la piel y, cada día, crecía en su cabecita la certeza de que en su rostro se descomponía el ordenamiento de la vida.

Su madre había escrito un diario en donde relataba cada una de las sensaciones de su cuerpo y sus pensamientos mientras estuvo embarazada de él. Ese año, en el que el pequeño Jos cumpliría diez, descubrió el cuaderno de su madre en uno de los cajones del tocador, y, cada tarde, todas las tardes, leía un pasaje del diario antes de mirarse al espejo. Comenzó a darse cuenta de que toda palabra escrita en esas hojas de papel tenía que ver con él y con su creación o, más allá de eso, con la vida misma.

Perdido entre los colores que rodeaban sus ojos, inten-

taba devolverse al recuerdo de la luz y a la visión de la vida desde el vientre de su madre. ¿Dónde habías estado antes, José Pablo? ¿En un sueño de colores infinitos, en la ausencia de Dios, perdido en sus brazos como un grano de arena centelleante? Pero ya te soñábamos: tu madre y tu padre imaginaban un rostro que no es el tuyo pero te amaban desde siempre, desde antes de conocerse. Anhelaban mirar tu rostro y tocar tus manos y envolverse en el calor amado de tus formas; perderse, como tú, mirando esos ojos tuyos en el abismal color de la vida que comienza. Que comienza en la tierra, pensaba. Porque la vida que comienza en la tierra es una pero la vida es eterna, sin inicio... ¿Dónde estaba este rostro mío?, se pregunta el pequeño, pensando en las palabras de su madre, mientras con la punta de sus dos dedos índice, moviéndose en sincronía, estira hacia abajo la piel que rodea los ojos y, luego, con un movimiento en círculo, la jala hacia un lado o hacia el otro.

José Pablo cierra los ojos y se concentra en fijar la mirada en el color rojo que baña el interior de sus párpados pero un ruido de pasos lo interrumpe y se apresura a bajar del banco y esconder tras sus espaldas el diario para luego salir corriendo de la habitación. Sale y tropieza en el pasillo con su padre, que venía a buscarlo. Este llevaba en las manos una caja de bombones cubiertos de chocolate para dársela a su pequeño. Al verlo salir corriendo de la habitación, el padre de Jos se extrañó pero, sin decir palabra, se sentó en uno de los sillones de la sala contigua, colocando la caja de bombones en la mesita de centro. Con el codo izquierdo reposado en el brazo del sillón, estiró las piernas, sacó el control remoto de entre su muslo y el sillón y apuntó hacia el televisor, al tiempo en que presionaba el botón de encender.

Hasta ese momento, los padres de José Pablo no habían

sido para él más que presente en el tiempo, siluetas fantasmagóricas —ahora comenzaba a pensarlo aunque no pudiera aún articular en palabras esos pensamientos— cuya función comprendía solamente como pura apariencia material. ¿Quién soy yo? ¿Por qué soy yo y por qué estoy aquí?, decía para sí el pequeño Jos, sentado con las piernas recogidas hasta la altura del pecho dentro de un armario de la habitación amarilla, una habitación pequeña en donde sus padres guardaban toda clase de afiches viejos. Miraba a su alrededor encontrando formas de otra cosa en las sombras que se proyectaban en las paredes de la habitación medio iluminada por un foco tenue de luz blanca, mientras seguía descubriendo que la visión de la vida se abría en un abismo sin sentido y sin respuestas. Se preguntaba quiénes eran sus padres, qué pensaban de las noches y de los días, qué hacían, por qué su madre había escrito ese diario sobre él y su vida y por qué su padre lo miraba siempre con esos ojitos tontos de ternura. No sabía que alrededor de él estaba el resguardo de sus padres, que en el tedio de las tardes le concedían la libertad del silencio.

Que te procure siempre el calor protector de la carne que te dio figura, pequeño José Pablo. Que los ojos vívidos de tus padres no se oculten jamás tras la piel de sus párpados. Sé que te avergüenza pensar que te miran siempre a un tiempo, que imaginan lo que imaginas estando con ellos o a solas con ese silencio que ya no es tuyo y que ya no es quieto y te ruborizan aquellos pensamientos que lo llenan y que han comenzado a violentar tu inocencia.

Te aterran las letras chuecas de tu madre que te han sentenciado a la renuncia de las fantasías infantiles y ahora piensas en el piso que te sostiene, maldices el pensamiento que revuelve la certeza de las no-cosas y vives en un estado

confuso de materialidades no manifestadas.

Que se vayan las tardes, piensas, que se vayan las tardes para que solo quede la luz del día. Pero llegó otra tarde, una en la que José Pablo, después de haber cumplido con sus buenos modales en la mesa y haberse cambiado el uniforme escolar por un par de pantalones de mezclilla con un estampado de las tortugas ninja a la altura de los muslos y una playera a rayas de colores que graduaban en tonalidades del amarillo al rojo, como siempre, el pequeño se aseguró de que su madre y su padre siguieran haciendo sobremesa, de que siguieran ocupados en sus conversaciones de adultos, llenando el comedor con palabras para él incomprensibles todavía, esas mismas que envolvían en mil colores revueltos la ingravidez de las cosas y que luego lo acechaban en su soledad demandándole su significado, como furiosos monstruos que se aparecen en las pesadillas y que sin razón nos quieren devorar. Entonces se entregó, como un ratoncito, a su papel de husmeador.

Miraba con detenimiento sus pasos, los pies envueltos en unos tenis de goma que pisaban las piedritas misceláneas atrapadas en los mosaicos blancos del piso, hasta llegar de nuevo a su banco, pero esta vez no buscó el diario sino que sacó de su bolsillo un bloque de post-its fluorescentes, arrancó uno y, antes de pegarlo en el espejo del tocador, en un acto de rebeldía contra el sinsentido, con letras mayúsculas, escribió:

MUERTE A LOS DIEZ AÑOS